

OTAN de entrada No. El PSOE y el uso político de la integración española en el Pacto Atlántico o cómo hacer de la necesidad virtud, 1980-1986

Carlos Ángel Ordás

Universitat Autònoma de Barcelona

Introducción

Desde principios de los setenta hasta las elecciones de octubre de 1982, el PSOE pasó de ser una fuerza política y social con una presencia muy inferior a la de otras fuerzas antifranquistas como el PCE o algunos grupos nacionalistas catalanes o vascos a lograr una amplísima mayoría absoluta en unas elecciones con una gran participación (79,97%) en las que logró más de diez millones de votos (el 48,11%) y 202 diputados de 350, resultados que casi duplicaban a su más inmediato competidor Alianza Popular-Partido Demócrata Popular (AP-PDP), mientras UCD y el PCE conseguirían 11 y 4 diputados respectivamente¹. Además de este resultado, ya de por sí extraordinario, logró un hito mayor en la historia de la democracia española, mantenerse en el gobierno catorce años ininterrumpidamente. Obviamente no sólo influyeron los méritos propios del grupo socialista, también los deméritos y los contextos de las otras formaciones políticas en esos años de cambio, pero el fenómeno, en sí, resulta de lo más relevante.

Este cambio de peso político y social en tan breve lapso de tiempo se debe al hecho mismo del proceso de transición, de forma que los escenarios políticos mutaban y se rehacían en muy escaso intervalo de tiempo, tal y como se ha producido en otras *transiciones* como la de 1930-1933, sin tener que ir más lejos. Parte importante del éxito electoral del PSOE se debió a su rápida adaptación teórica y práctica, a esos cambios. En este proceso pasó de ser un partido autodenominado marxista y defensor del “socialismo autogestionario” a estar a favor de la permanencia en la OTAN con toda la carga simbólica que esto suponía (Andrade Blanco, 2012).

Precisamente fue la gestión de la cuestión de la adhesión a la Alianza Atlántica, uno de los episodios en los que el partido socialista y, particularmente, Felipe González, su Secretario General, supo hacer un uso político oportuno para sus objetivos, tanto en la oposición como en el Gobierno, pese a no contar siempre con el beneplácito del conjunto del partido, de la opinión pública afín, ni siquiera de *la calle*.

1. El PSOE en la oposición

El 27 de agosto de 1981 el Ejecutivo de la UCD dirige a las Cortes españolas la propuesta de entrada de España en la CEE, que será aprobada en sendas sesiones del Congreso y el Senado por mayoría simple. En diciembre de ese año comienza a desarrollarse el trámite oficial de entrada a la Alianza Atlántica². El protocolo final de adhesión fue firmado el 30 de mayo del año siguiente (*El País*, 31 de mayo de 1982). Esta decisión, introducida subrepticamente en la agenda política, formaba parte de un proceso de “normalización exterior” cuya finalidad era la de cargar de legitimidad democrática a la monarquía constitucional por la vía de alimentar todo tipo de

¹ <http://www.infoelectoral.mir.es>.

² <http://www.defensa.gob.es/politica/seguridad-defensa/contexto/europea-atlantica/OTAN/>.

“homologaciones” internacionales, especialmente a causa del retraso en el proceso de admisión de España en la Comunidad Económica Europea (CEE). Bajo esta consigna, Leopoldo Calvo Sotelo dio más valor a la política exterior española que a los posibles costes de la operación en política interna (Pardo, 2011; Powell, 2003; Crespo, 2004). El principal problema era que la entrada en la Alianza Atlántica presentaba una opinión contraria por una parte considerable de la sociedad³. Este desacuerdo ciudadano, tendrá como consecuencia una importante articulación, movilización y respuesta de parte de la sociedad, así como la oposición de los partidos políticos de izquierdas.

El movimiento de contestación a la integración española en la OTAN que se fue articulando como consecuencia de la iniciativa gubernamental, contó, en primera instancia, con la oposición parlamentaria de la mayor parte de los partidos políticos de la izquierda del arco parlamentario. Pero pronto convirtió en mucho más relevante el hecho de la participación en un movimiento fuertemente estructurado de las muy diversas fuerzas de la izquierda extraparlamentaria, como por ejemplo el Movimiento Comunista, la Liga Comunista Revolucionaria y partidos de izquierda nacionalistas como los catalanes Esquerra Republicana de Catalunya, Nacionalistas d'Esquerra (Nd'E), Bloc d'Esquerra d'Alliberament Nacional (BEAN), etc. Asimismo, el movimiento contó con la participación de otros grupos organizados fuera de la estructura de los partidos políticos, personas vinculadas a revistas izquierdistas –como *Mientras Tanto*– diversos –aunque minoritarios– sectores de autónomos y libertarios, organizaciones pacifistas y/o antimilitaristas como el Grup d'Acció No-Violenta (GANVA), el Movimiento de Objetores de Conciencia (MOC) y diversos comités antinucleares y antimilitaristas, Asociaciones de Vecinos de toda la geografía española, así como entidades pacifistas católicas como Pax Christi, Justicia y Paz, etc. De todas estas organizaciones surgieron las primeras manifestaciones contra la adhesión y se fue expandiendo la creación de Comités anti-OTAN por la geografía española (Prat, 2006, pp. 99-100).

En esta oposición también participaron de forma activa los sindicatos mayoritarios Unión General de Trabajadores (UGT) y Comisiones Obreras (CCOO) vinculados a las dos principales fuerzas opositoras de la izquierda política: el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Comunista de España (PCE). Junto con sus respectivas filiales territoriales y juveniles, ambos partidos movilizaron a sus bases en una campaña contraria a la integración y reclamaron la realización de un referéndum sobre la permanencia de España en la Alianza. A su vez, la integración de mayo de 1982 tuvo un efecto aglutinador de los colectivos pacifistas de cara a la creación de plataformas locales y territoriales, adquiriendo un enorme potencial, que se reflejó en el número de colectivos que surgieron e hicieron frente común contra la adhesión, ocasionando un movimiento ciudadano con un potencial político, eventualmente traducible en votos, al que no fueron ajenos los partidos de la oposición.

Tal y como se ha mencionado, fueron muchas y muy diversas las organizaciones que participaron en la movilización anti-OTAN desde el principio de su estructuración, pero, como no podía ser de otro modo, resultaban muy diversas sus motivaciones y estrategias⁴. En el caso del PSOE y del PCE, sus posicionamientos eran contrarios a la entrada en la Alianza Atlántica, pero ni cuestionaban, en principio, la existencia del Convenio Bilateral con EEUU, ni el mantenimiento de las bases norteamericanas en territorio español, ni la llamada “modernización” en curso del ejército, temas que muy pronto iban a saltar también a la agenda política de la mano de las distintas plataformas anti-OTAN, como pudo comprobarse, por ejemplo, en el hecho de que votaran a favor de la Ley de Dotaciones Presupuestarias para las Fuerzas Armadas (FFAA), presentada por UCD en mayo de 1982 y trazada para un contexto de continuidad en las relaciones hispano-norteamericanas en este terreno.

³ Según una encuesta publicada por el diario *El País*, 20 de octubre de 1981, el 52% de los españoles eran contrarios a la pertenencia en la OTAN frente a un 18,1% favorable. El libro de Val Cid (1996) también refleja esta mayoritaria consideración desfavorable.

⁴ En los diferentes números de *El País* y *La Vanguardia* consultados, se puede leer constantes noticias sobre las críticas del PSOE a la adhesión, incluso denunciando su inconstitucionalidad: http://www.elpais.com/articulo/espana/PECES_BARBA/GREGORIO_/POLITICO/RECTOR/SOLE_TURA/_JORDI_/PSC-PSOE/ROJAS_MARCOS/_ALEJAN_DRO_/PARTIDO_ANDALUCISTA/ESPANA/ORAGNIZACION_DEL_TRATADO_DEL_ATLANTICO_NORT_E/elpepinac/19811028elpepinac_10/Tes. También da cuenta de esto Prat (2006, p.104).

Además, entre el PSOE y el PCE, había algunas diferencias sutiles que indicaban a priori algunas diferencias probablemente más importantes. Mientras que para las elecciones de 1982 el PCE mantenía un negación más categórica a la permanencia en la OTAN (“*No a la OTAN*”), el lema del Grupo Socialista era más laxo: “*OTAN de entrada no*”. La crítica del PSOE se basaba en los efectos negativos de la adhesión, tales como un incremento en las tensiones internacionales unido a unos elevados costes con escasos beneficios, ya que no resolvía los principales riesgos de seguridad, ni contribuiría a la entrada en la CEE. Pero había más, formaba parte de la identidad teórico-política marcada en la última década del partido: el posicionamiento antiimperialista y de no alineamiento con ninguno de los dos bloques mundiales político-militares. A la altura de otoño de 1982, sin embargo, el cuerpo doctrinario del PSOE se había vuelto más ambiguo que pocos años atrás. El partido, desde su XXVIII Congreso Extraordinario de 1979, se había liberado del corsé teórico del marxismo que tan atractiva figura le había propiciado durante el tardofranquismo, pero que se le había quedado demasiado angosto conforme se acababa el régimen, ya que le limitaba en su voluntad de convergencia con sectores sociales más amplios, con otros partidos socialdemócratas europeos, con no pocos gobiernos occidentales y con la aquiescencia de los entonces llamados popularmente “poderes fácticos”: ejército, banca, iglesia católica (Andrade Blanco, 2012). Por tanto, el PSOE en su campaña electoral para las elecciones generales de 1982 –y en un contexto de acceso inmediato al gobierno como objetivo irrenunciable– prefirió rechazar fórmulas rotundas como el “*No a la OTAN*” y optó por otras más elásticas como el ya citado “*OTAN de entrada no*” o “*Por la paz, el desarme y la libertad*”. Pese a que, años atrás había defendido una posición firme contra la entrada de España en la Alianza Atlántica, en el programa electoral que presentó, su discurso se había vuelto más aséptico, proponiendo la “() necesidad de eliminar del espacio europeo todos los misiles de alcance medio (..)” y afirmando una “(..) filosofía contraria a la política de bloques militares que de hecho consagra la división del mundo en zonas de influencia perpetua (..)”, sentencias que realmente no le comprometían de manera directa. En cuanto a la OTAN y a la autonomía española en ese marco su propuesta concreta era la siguiente: “(..) en un primer momento y como medida inmediata, se congelarán las negociaciones para la integración en la organización militar. En un segundo momento, se mantendrá el compromiso contraído por el PSOE de convocar un referéndum para que sea el pueblo español el que decida acerca de nuestra pertenencia en la OTAN”⁵.

Según José María Maravall, la posición de Felipe González y de su partido contraria a la permanencia en la OTAN no era oportunista; tras el 23F González encargó una investigación sobre la trama y estrategias golpistas, y posibles respuestas. El informe recomendaba la integración de España a la OTAN como fórmula antigolpista. González rechazó esta recomendación, aduciendo el ejemplo del golpe militar en Turquía, en octubre de 1980, como muestra de que la OTAN no evitaba golpes militares en países miembros (Maravall, 2003). No obstante, el PSOE había abandonado ya fórmulas de rechazo frontal y buscaba afirmaciones menos comprometidas políticamente hablando. Quizás no se tratase de oportunismo, pero el viraje que se estaba iniciando no quiso dejar al margen el sentimiento pacifista de una parte mayoritaria de la población, derivado de manera importante del contexto mundial de la Segunda Guerra Fría, tanto como de las múltiples secuelas de la Guerra Civil y de la dictadura. Ese sentimiento era valorado como un capital electoral quizás demasiado suculento como para darle la espalda del todo⁶.

2. El PSOE en el gobierno

El PSOE venció con mayoría absoluta el 28 de octubre de 1982. El “giro hacia el centro” fue una de las principales características del gobierno del PSOE una vez instalado en el poder, visible en el hecho que la principal oposición que encontró su Gobierno en estos años, le vino desde la izquierda (Marín, Molinero y Ysàs, 2001, p.323). En el caso de la OTAN, en su discurso de investidura del 30 de noviembre de 1982, Felipe González reiteró su compromiso electoral de efectuar un referéndum que decidiese la continuidad en la Alianza Atlántica (*La Vanguardia*, 1 de

⁵ “Por el cambio”, Programa Electoral del PSOE, pp. 45-47.

⁶ Para Alfonso Guerra, la cuestión de la OTAN podía aportar hasta dos millones de votos. Citado en Pardo, 2011.

diciembre de 1982), pero su posición con respecto a la permanencia en la OTAN cambió, apostando decididamente por la continuidad en la Alianza. Así que al PSOE le tocó deshacer aquello que en parte había construido. Había participado en la campaña anti-OTAN de la izquierda y de los movimientos sociales, cuyo resultado fue, entre otras cosas, que la opinión pública favorable a la adhesión, pasara del 28% en 1979 al 13% en 1983 (Pardo, 2011, p. 82).

Finalmente realizaría la consulta en forma de referéndum como había prometido, efectuándola finalmente el 12 de marzo de 1986. En el proceso, el gobierno jugó con la ambigüedad de la formulación de esta y con el tiempo político de manera que exprimíó éste lo máximo posible hasta que tuvo unas ciertas garantías de que triunfaría su nuevo posicionamiento, para lo cual se invirtió una enorme cantidad de recursos y energías como ilustraré más adelante.

2.1. Cambio de discurso

El cambio de actitud del PSOE, respondía a la convicción de que el mantenimiento en la Alianza, suponía un avance en el llamado “proceso de europeización”, uno de los objetivos en la hoja de ruta política socialista, mientras que salir era interpretado como remar en dirección opuesta o como mínimo, hacerlo no con todo el viento a favor. También Calvo Sotelo –responsable de la entrada en la Alianza Atlántica en 1982 desde UCD– estaba convencido de que para recuperar cierta posición en el mundo había que estar en la OTAN, que además interpretaba como llave para la entrada en la CEE (Pardo, 2011). En el PSOE, sobre todo Felipe González, también estaban convencidos de ello (Powell, 2003). Se consideraba necesario la integración en las instituciones internacionales más importantes de los estados demoliberales con los que se anhelaba homologar la naciente democracia española (Powell, 2003). Además, se consideraban las ventajas propias de permanecer en la OTAN; una relación más equilibrada con EEUU y mayor presencia internacional. Ventajas, dicho sea de paso, cuya traducción era mucho más simbólica que práctica, aunque no cupiera descuidarlas.

Según Maravall, se intentó que la integración de España, que habían de ratificar cada uno de los miembros integrantes de la Alianza, quedase aplazada hasta después de las elecciones de 1982. Para este fin, Maravall se reunió con líderes de Bélgica, Holanda y Noruega. González hizo lo propio con Andreas Papandreu (Maravall, 2003, p. 48), pero no fue posible por la difícil situación de los socialdemócratas europeos con la cuestión de los euromisiles (Hobsbawn, 1995; Veiga, Ucelay da Cal y Duarte, 1997; Leffler, 2008). Consumada la adhesión y ya con el PSOE en el Gobierno se intentó, durante el tiempo que fue posible, congelar la integración efectiva de España en la estructura de la Alianza, se aplazó lo máximo posible la cuestión del referéndum y se pasó paulatinamente al cambio de posición (Viñas, 2003, p. 473).

El ministro de Asuntos Exteriores Fernando Morán, anunció los pasos a seguir por el gobierno. La congelación, sería seguida de una explicación de la postura del Gobierno, se elaboraría un dossier donde se explicarían las consecuencias de la permanencia y del abandono de la OTAN, cuyo contenido sería explicado de algún modo a la población. No se anunciaron fechas y la cuestión se fue prolongando.

Según palabras de Felipe González “no casarse es menos traumático que divorciarse”, una cosa era no entrar en la OTAN, y otra muy diferente salir de ella (Viñas, 2003, p. 474). Con esta frase, se daba salida al paulatino cambio de posicionamiento del partido, que comenzó a moverse públicamente de forma ambigua hasta mediados de 1984 (Marín *et al.*, 2001, pp. 370-371). Pero a la altura de mayo de 1983 –año y medio después de ganar las elecciones–, la decisión de replantear la posición a la Alianza Atlántica estaba tomada. España estaba dentro de la OTAN y Felipe González consideraba importante el peso de la participación atlántica en el proceso de integración europea y el Ministro de Defensa, Narcís Serra defendía lo importante que era el mantenimiento en la OTAN para la modernización del Ejército⁷. El tema fue discutido primero en julio de 1984, dentro del comité federal del PSOE (Marín *et al.*, 2001, pp. 371 y siguientes). Se valoraba que salir de la Alianza

⁷ Desde muy al principio Narcís Serra presentó una actitud favorable a un estrechamiento de vínculos con la OTAN. Ver Juliá, 2003, pp. 281-283.

suponía unos costes políticos importantes a nivel de política exterior, sobre todo en lo referente a la integración europea, una de las prioridades del Gobierno, por lo cual el nuevo posicionamiento estaba decantado.

Del 23 al 25 de octubre de 1984, en el Debate sobre el Estado de la Nación, el Gobierno presentó su “decálogo” de argumentos para continuar en la Alianza que se pueden resumir en: 1) la situación había cambiado y las consecuencias de salir eran muy diferentes a las de no entrar; 2) los condicionantes externos eran poderosos, ya que los acuerdos de seguridad europeos tenían que ser estables y un país que quería formar parte de las instituciones de Europa occidental, debía compartir también las políticas de defensa; 3) la posición del Gobierno conllevaba compensaciones en la adhesión que convertían el paquete de medidas en algo aceptable⁸. Estas compensaciones serían la retirada de las tropas estadounidenses de las bases militares; la independencia respecto del mando militar integrado de la Alianza y el compromiso de que no se almacenarían armas nucleares en territorio español (Maravall, 2003, pp. 49-50).

Como vemos, aparte del objetivo de la integración plena en las instituciones europeas, durante la celebración del XXX congreso del PSOE, en diciembre de 1984, aparece un nuevo argumento relacionado con tercer punto enunciado, que más adelante sería defendido públicamente y que hace referencia a las presuntas ventajas para autonomía española en el plano internacional. El nuevo razonamiento establecería que sólo perteneciendo en la OTAN podría revisarse la relación bilateral con EEUU, de manera que progresivamente se reduzca la presencia militar en suelo español (*El Socialista*, nº 372, 01/01/1985, p. 23). Durante la campaña del referéndum, Maravall expuso que decir “No” a la OTAN, significaba decir “Sí” a las Bases para siempre. También Viñas señalaría más adelante que la adhesión de España a la Alianza Atlántica jugó en su favor en la renegociación del convenio bilateral (Viñas, 2003, p. 494). Este Congreso estuvo cargado de una cierta polémica interna, por la actuación del Gobierno, que se decantó anticipadamente por el “Sí” a la permanencia e incluso lo hizo público, cuando el partido había decidido lo contrario en el anterior congreso de octubre de 1981.

De la misma forma que Felipe González expuso dentro de España la necesidad de permanecer en la OTAN para lograr la integración a la CEE, en sus reuniones con los líderes de la CEE hizo entender que una integración en la organización europea favorecía un resultado favorable a la adhesión en el referéndum. De esta manera, Felipe González manejo la política interior y exterior, y llevó a cabo una política de “favores mutuos”. Un ejemplo de esto fue su visita a la RDA en marzo de 1983, donde apoyó a su homólogo alemán Helmut Kohl en su decisión de instalar euromisiles, pese a la opinión del SPD, de Morán y del propio programa electoral del PSOE. En el siguiente Consejo Europeo Kohl presionó a Francia, principal voz reticente a la entrada de España en la CEE, para acelerar el proceso de integración de España (Pardo, 2011, pp. 86-87).

Otro ejemplo de esto será como tras el fracaso de la cumbre de la CEE en Atenas en diciembre de 1983, que supuso el aplazamiento en la entrada de España, González anunció que cambiaría la política exterior de su gobierno, dando a entender que no haría campaña por mantenerse en la adhesión atlántica⁹. La apuesta le salió bien, tanto a un lado, como al otro de los Pirineos. A finales de 1984, algunos dirigentes europeos, sobre todo alemanes y británicos, entendían que González requería un avance significativo en el tema de la CEE, que le diera fuerza interior para poder mantener la adhesión a la OTAN, en un evidente *quid pro quo*. En junio de 1985, se firmaba el Acta de Adhesión de España a la CEE¹⁰.

⁸ Los puntos del Decálogo concretamente eran: 1. Continuidad en la Alianza Atlántica, 2. No integración en la estructura militar de la OTAN, 3. Reducción de las fuerzas militares norteamericanas en España, 4.- No nuclearización, 5. No exclusión de la firma del Tratado de No Proliferación Nuclear, 6. Participación de España en la Unión Europea Occidental, 7. Recuperación de Gibraltar, 8. Promover la candidatura española al Comité de Desarme de la ONU, 9. Desarrollar la cooperación en temas de defensa con otros países de Europa occidental, y 10. Elaboración de un Plan Estratégico Conjunto. Maravall, 2003, p. 373.

⁹ Las palabras de González fueron: “Lo que ocurra será de la absoluta responsabilidad de los europeos. Si ellos quieren que España coopere plenamente con Europa, ello debe suponer que España debe participar plenamente en todas las instituciones europeas”. Marín *et al.*, 2001, p. 376.

¹⁰ Según Viñas con esto “se abría la puerta que siempre estuvo cerrada para la dictadura (...) Felipe González conseguía

2.2. Convencer al Gobierno, al partido y a las juventudes

En el cambio de rumbo político había que conseguir cambiar la opinión del equipo de gobierno al completo, del partido y de la mayoría de la opinión pública. De cara a esta última, fueron explotados dos argumentos principales. Por un lado, se pusieron de relieve los progresos producidos con relación a la entrada en la CEE mediante el argumento de la permanencia en la OTAN y el retroceso que podría implicar en cuestiones de integración en las instituciones europeas una eventual desvinculación. Por otro, en la recta final de la campaña, Felipe González lanzó un órdago por el cual hacía entender que su futuro político estaba ligado al resultado del referéndum¹¹. Según el presidente, en caso de ser negativo al posicionamiento del Gobierno, serían convocadas elecciones en las cuales no sería él el candidato socialista y en las cuales, ante el vacío de poder, podría ganar la oposición conservadora que se presentó a las elecciones de 1986 bajo la marca electoral de Coalición Popular. Así las cosas, sería la organización derechista la encargada de gestionar la integración en la OTAN, dado que ésta había afirmado no sentirse comprometida con el resultado del referéndum. La oposición desde la derecha, como había manifestado en varias ocasiones, era favorable a la integración militar plena, lo cual sí que podía significar una amenaza para la autonomía española, en los términos de la argumentación esgrimida por el gobierno socialista (Maravall, 2003, p. 49).

Por otro lado, el PSOE tuvo que hacer un esfuerzo para unir sus filas en referencia al referéndum (Maravall, 2003). Había disensiones dentro de su Gobierno, como se hizo patente en julio de 1983 cuando el vicepresidente Guerra, afirmaba que España debía de abandonar la OTAN e instaba a que si alguien más, dentro del Gobierno, era contrario a la adhesión que se pronunciase. Así lo hicieron el ministro de Cultura, Javier Solana; el de Educación, Jose María Maravall; el de Sanidad, Ernest Lluch y el de Obras Públicas, Julián Campo (Marín *et al.*, 2001, p.372). Finalmente la parte del propio Gobierno fue más fácil de consensuar ya que González contaba en su seno con enormes lealtades personales. Una posición decididamente atlantista mantuvieron desde siempre Narcís Serra y Miguel Boyer. La excepción más significativa a esta unión fue la del propio ministro de Exteriores Fernando Morán, que no abandonó nunca sus preferencias no alineadas. Las disonancias afloraron con el creciente protagonismo de Felipe González a la hora de marcar las líneas de acción exterior. Tras firmarse la adhesión a la CEE en junio de 1985, se remodeló el equipo de gobierno, Morán fue sustituido por Francisco Fernández Ordoñez. El nuevo ministro de Exteriores, que procedía de la UCD, sintonizaba plenamente con Felipe González en estas cuestiones (Pardo, 2011).

Más le costó que su postura fuera secundada por el partido, ya que actuó al margen de este, antes de que hubiera ocasión de discutir siquiera un cambio oficial de posición, como ya hemos visto (Marín *et al.*, 2001, pp. 374-375). Durante el XXX Congreso se trató el tema, dando como resultado una votación final por la cual el mantenimiento de España en la OTAN fue refrendado por 412 votos a favor (71%), 126 en contra (22%) y 42 abstenciones (0'7%). La posición del mantenimiento fue defendida por Felipe González frente a la posición de salida de la Alianza Atlántica de Miguel Ángel Martínez y la “neutralista” defendida por García Santasmases representante de la corriente Izquierda Socialista (*El Socialista*, Extra Congreso XXX, 16/12/1984).

El Gobierno también se encontró con problemas para convencer a las Juventudes Socialistas de España (JSE) de que cambiaran su posición. Las JSE suponían las facciones tradicionalmente más a la izquierda del entorno socialista (Gillespie, 1991), y fueron, dentro de la “familia socialista” las que más tempranamente activaron la campaña anti-OTAN. No obstante, pese a su voluntad de autonomía, el PSOE en su XXX Congreso incide en que las “resoluciones de las JSE tendrán que ser refrendadas por los órganos de dirección del PSOE, a fin de que no existan

uno de sus principales objetivos en política exterior (...)”. Viñas, 2003, p. 4.

¹¹ Esta estrategia que recuerda mucho a la que el mismo Felipe González llevó a cabo con su partido tras el XXVIII Congreso de 1979, donde su dimisión le resultó el volver a ser elegido como Secretario General, en el siguiente congreso. Esta estrategia le saldría realmente bien ya que su figura salió fortalecida, así como se reforzó su control del aparato de partido, a través de una rígida disciplina, la prohibición de las tendencias organizadas y la marginación de los disidentes, saldándose todo ello con un mayor grado de fidelidad a la organización en las filas socialistas. Ver Andrade Blanco, 2012.

contradicciones”, indicando implícitamente que existía el riesgo efectivo de que se produjesen (Sierra, 2011, p. 13). A esas alturas de 1984 se notaba un cierto desencanto de las JSE por el proyecto político del Gobierno socialista, sobre todo en lo referente a la objeción de conciencia, el servicio militar obligatorio y la cuestión de la OTAN. Según Javier de Paz, integrante de la secretaría general, dentro de las JSE no había partidarios de la permanencia, sólo un grupo era sensible a la “necesidad” de mantenerse cercano a las directrices del partido, el resto permanecía de forma más o menos firme contra el mantenimiento en la Alianza Atlántica, pese a las razones de *sus mayores* (Sierra, 2011, p.16).

En la gestión de este desencuentro fue clave la reunión, ya en campaña por el referéndum, entre las secretarías generales de las federaciones de las JSE con Felipe González en el Palacio de la Moncloa del 25 de febrero de 1986 (Sierra, 2011, p.17). En esta reunión se presionó incluso económicamente a la organización juvenil, que acabó acatando las directrices del partido. La filial del PSOE valoró más dar apoyo al proyecto socialista pese a la opinión contraria de sus miembros y pese a que la autonomía de la formación quedaba en entredicho. No obstante, el cambio de decisión en el referéndum significó “uno de los momentos más difíciles” de la organización. De hecho, en el camino hasta convencer a las JSE, dimitió en 1984 Federico Mañero, Secretario General de estas, por discrepancias con el PSOE, sobre todo en la cuestión de la OTAN¹². Además, para septiembre de ese mismo año convocando las JSE convocaron su XVI Congreso Ordinario, donde fijaron una actitud más pragmática políticamente hablando, dejando en segundo plano la coherencia teórica¹³. El título del congreso ya de por sí ilustraba una cierta declaración de intenciones: “A ritmo de nuestro tiempo”.

No obstante, pese a toda la complicación interna, el PSOE logró semanas antes del referéndum disciplinar a su “familia”, así como a buena parte de su electorado, como lo mostró el sondeo por barrios y localidades de mayoría obrera y popular. Lo consiguió a base de intensificar su discurso: europeización en juego, dramatismo de una inevitable dimisión de González en caso de derrota, etc. (Maravall, 2003). En la calle encontró el PSOE una importante resistencia antiatlantista, que se materializó en un sentimiento antimilitarista y pacifista de la sociedad que convergía con un contexto internacional similar y que no atendía a la disciplina de partido.

2.3. La movilización ciudadana y opinión pública

La Guerra Fría estuvo marcada por la configuración de dos bloques político-militares enfrentados y lanzados, desde los años cincuenta, a una carrera armamentística frenética, con el desarrollo y expansión de armas nucleares. En las idas y venidas del nivel de tensión entre uno y otro bloque jugó en diversas ocasiones el argumento de un aparente desequilibrio de fuerzas que durante la década de los setenta, pero sobre todo los ochenta, se concretó en la denominada *Segunda Guerra Fría* y en el argumento siempre en discusión del *missil-gap* en Europa (Hobsbawn, 1995; Veiga *et al.*, 1997; Leffler, 2008). Este factor favoreció la movilización y articulación del movimiento por la paz en todo el mundo occidental y por supuesto también en España, debida a la escalada de tensión internacional que siguió a la toma de posesión del presidente Ronald Reagan en EE.UU. y que, a la postre resultó injustificada por la extrema, pero a la sazón desconocida, debilidad de la parte soviética en el mismo período.

La acelerada tensión y la carrera armamentística sirvieron para activar a la población ante la posibilidad, cada vez más aparentemente real de una guerra entre bloques que se percibía con armamento nuclear mediante¹⁴. Este miedo era acrecentado por el fracaso de las sucesivas negociaciones de desarme, la gran cantidad de armas nucleares, químicas y bacteriológicas, la proliferación de países que fabricaban armas atómicas o tenían la tecnología para hacerlo, el

¹² http://www.elpais.com/articulo/espana/ESPANA/PARTIDO_SOCIALISTA_OBRERO_ESPANOL/PARTIDO_SOCIALISTA_OBRERO_ESPANOL_/PSOE/Dimite/secretario/general/Juventudes/Socialistas/elpepiesp/19840710elpepinac_12/Tes.

¹³ Cambio muy similar al que había efectuado el propio PSOE durante la transición. Ver Andrade, 2007.

¹⁴ Prat recoge como en 1980, la ONU anunciaba que el gasto militar era de un millón de dólares por minuto. Prat, 2006, p. 304.

despliegue de armas nucleares de alta precisión y las declaraciones de los miembros de los bloques militares que hacían suponer una escalada de tensiones que condujese a una nueva guerra mundial. La reacción de la sociedad significó la articulación de movimientos pacifistas en diversos países de Europa occidental. Desmilitarización, desnuclearización y desaparición de las alianzas militares fueron los ejes que vertebraban a los diversos movimientos por la paz, en EEUU, Japón y diversos países europeos (Prat, 2004; Leffler y Westad, 2010).

La instalación de los euromisiles a principios de los ochenta provocó una respuesta pacífica en forma de movilizaciones masivas, sobre todo en los cinco países afectados; Holanda, Gran Bretaña, RFA, Bélgica e Italia. Se creó la European Nuclear Disarmament (END) para evitar el despliegue de los 572 misiles nucleares. Además de la END, existieron otras redes, publicaciones y marcos de coordinación internacional de los grupos pacifistas, que fueron importantes en las movilizaciones ciudadanas. Entre estos estarían la Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI), el International Peace Bureau (IPBI), Pax Christi, la revista *Disarmament*, etc. (Prat, 2006, pp. 64-65).

En estos movimientos por la paz confluyeron todos los sectores del pacifismo así como un amplio número de colectivos y organizaciones políticas, sociales y culturales y personas con ideología muy diversa, cuya nexos de unión era el temor al estallido de una posible guerra a escala mundial (Prat, 2006, p. 65). De esta manera, Europa vivió en los años comprendidos entre 1979 y 1983, una multitud de movilizaciones por la paz, el desarme y contra la instalación de los euromisiles, destacando la Semana por el Desarme entre el 17 y el 23 de octubre de 1983, donde el día 20 se manifestaron un millón de personas en Roma, otro tanto en la RFA, 250.000 en Londres, y decenas de miles en Estocolmo, París, Viena y Nueva York. A principios de ese mismo mes también hubo una masiva manifestación en Moscú por el desarme¹⁵.

El ciclo de respuesta pacifista en España estaría enmarcado dentro de este contexto europeo y estadounidense. No obstante, hay un pequeño desfase en el tiempo, mientras que aquí las grandes manifestaciones fueron entre 1984 y 1985, los años más álgidos en Europa fueron los comprendidos entre 1981 y 1983, este desfase supuso una incidencia en la movilización en España, de activación al principio y de reflujo después cuando la movilización europea también decayó (Prat, 2006, p. 148).

Con la llegada al poder del Grupo Socialista y su reiteración de convocar la consulta popular, se producía un cambio en la estructura de oportunidad política para la movilización anti-OTAN. El nuevo contexto tuvo pues una incidencia positiva en la estructuración del movimiento por la paz que entró en una nueva etapa de expansión social y geográfica, con una especial aceleración desde finales de 1983. Se reactivaron los comités anti-OTAN que no habían desaparecido pero sí habían quedado en estado latente desde mayo de 1982 y confluyeron con otras organizaciones antimilitaristas y pacifistas en nuevas plataformas de coordinación. Las demandas continuaban siendo las mismas: se defendía una política antimilitarista, con una posición crítica contra los bloques militares y la carrera armamentística, se exigía un referéndum claro y vinculante para OTAN, el desmantelamiento de las bases, el desarrollo del derecho constitucional a la objeción de conciencia y su ampliación en materia de objeción fiscal y se postulaba un planteamiento social activo contra el Servicio Militar Obligatorio (Prat, 2006, p. 109).

El importante movimiento anti-OTAN de aquellos años también se movilizó contra las bases norteamericanas. Pero el Gobierno no tenía ninguna intención de renunciar al convenio bilateral con EEUU. Ángel Viñas explica esto desde un punto de vista práctico, afirmando como ninguna fuerza política con vocación de gobierno podía renunciar al vínculo con los EEUU. La importancia de las relaciones militares, las necesidades de defensa y los costes que conllevaría la interrupción de una conexión de veinticinco años de antigüedad lo ponían difícil y la presencia de la agresiva administración Reagan contribuía a agravar esa situación. Ni siquiera los comunistas, en búsqueda de respetabilidad, la preconizaban (Viñas, 2003, p. 494). Sin embargo, hablar como hace Viñas de necesidades de defensa para España, cuando se habían rebajado las tensiones entre bloques con la aparición de Gorbachov como secretario general del PCUS en 1985 y no disponiendo ya de colonias, parece un poco desfasado.

¹⁵ *El País*, 22 y 2 de octubre respectivamente.

Enric Prat en su obra sobre el “movimiento por la paz” en Catalunya, recoge como los diferentes Comités anti-OTAN que se crearon, definieron lo que para ellos significaba una posición por la paz y el antimilitarismo: una posición contraria a la carrera armamentística, la militarización de la sociedad, la política de bloques o el sistema militar obligatorio que consideraban degradante. Además alertaba de como la juventud estaría obligada a participar en guerras *ajenas*, como consecuencia de la adhesión. Por último, se proclamaban antiimperialistas e internacionalistas, considerándose hermanados con el resto de personas que en todo el mundo se habían manifestado por la paz, el desarme y la neutralidad respecto a la política de bloques (Prat, 2006, p. 100).

La configuración de las redes organizativas del movimiento por la paz de que da cuenta Prat en Catalunya, se hizo en un marco de confluencia con el resto de España. En mayo de 1983 se celebró el Primer Encuentro de Organizaciones Pacifistas de España en Zaragoza, con la participación de 51 grupos, donde surgirá el impulso para la creación posterior de la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas (CEOP), que tuvo su primera reunión en julio de 1983. En marzo de 1985, se organizará el Segundo Encuentro del movimiento por la paz, esta vez en Barcelona, donde participarán alrededor de 600 personas pertenecientes a unos 400 grupos pacifistas (Prat, 2006, p. 118).

Dentro del catálogo de movilizaciones que se desarrollaron hasta la realización del referéndum destacan la cadena humana del 20 de mayo de 1984 en Barcelona, donde participaron 100.000 personas, y la manifestación del 5 de mayo de 1985, contra la visita de Reagan a Madrid en la que participaron 250.000, siendo la acción más numerosa de la década según Prat (2006).

En diciembre de 1985 de forma paralela al debate parlamentario sobre Defensa y Seguridad, se realizan diversas acciones en las calles y el CEOP presenta su “Decálogo por la paz. Diez razones para ser neutrales” (un “contradecálogo” al presentado “Decálogo de Defensa y Seguridad” de un año antes por el Gobierno). Del 10 al 17 de diciembre se realizó una huelga de hambre a nivel estatal, reclamando un referéndum claro y vinculante. La huelga fue seguida en 32 ciudades por 200 personas. Además se hicieron encierros y ayunos de fin de semana. En Barcelona la semana acabó con la “III Marcha de antorchas” con unas 2.000 personas¹⁶.

2.4. La victoria en el referéndum

El referéndum fue efectuado el 12 de marzo de 1986. De los 29 millones de españoles del censo electoral, sólo votaron el 17,2 millones (el 59,4%); de los cuales 9,05 secundaron la opción del “Sí” y 6,87 la del “No” y mientras que 1,12 dejaron la papeleta en blanco y no llegaron a doscientos mil los votos nulos¹⁷. Meses antes la posición del “Sí” defendida por el Gobierno y la del “No” defendida por la movilización ciudadana y el resto de la izquierda, llegaban bastante igualadas al tramo final del debate¹⁸. El último mes antes del referéndum, el apoyo a la OTAN sólo pasó del 21% al 26% y la oposición sólo disminuyó desde un 39% a un 36%, ante tal tesitura el PSOE actuó intensificando su campaña (Maravall, 2003, pp. 53-54).

El ejecutivo socialista explotó al máximo las líneas argumentales definidas para que ganara el “Sí” en el referéndum, como por ejemplo: la imposibilidad de ser neutrales en caso de guerra mundial, el elevado coste de una defensa autónoma y el peligro de que España no pudiera mantenerse en la CEE¹⁹. El argumento era que si España salía de la OTAN, el resto de países darían la espalda al Estado español, retrocediendo en el proceso de ruptura con el aislamiento político exterior vivido desde el franquismo. Además, se argumentaba que el mantenimiento en la Alianza Atlántica, suponía un seguro ante un nuevo 23F, al estar España con los países defensores de las libertades democráticas. También se señalaban otros daños y consecuencias que supondría la

¹⁶ *El País*, 11 y 18 de diciembre de 1984 y *La Vanguardia*, 11, 12 y 18 de diciembre de 1984.

¹⁷ <http://www.infoelectoral.mir.es>.

¹⁸ La oposición del Grupo Popular proclamó que haría abstención, posición que buscaba simplemente desgastar al Gobierno. Por lo que los socialistas se quedaban solos en la defensa del “Sí” en el referéndum. Marín *et al.*, 2001 pp. 386-387.

¹⁹ En junio de 1985 se firmó la adhesión a la CEE y en enero de 1986 se produjo el ingreso.

desadhesión: aumentaría el paro, fin al progreso y modernización, y retirada de inversores extranjeros, en lo que claramente supuso una notable colección de excesos verbales de cara a generar poco menos que un estado de alarma entre los votantes²⁰.

En el texto de la consulta se incluyeron cláusulas que atenuaban el impacto de la continuidad en la Alianza con la esperanza de ganar votos al “Sí”. Estas cláusulas suponían que la participación de España en la Alianza no incluiría su incorporación a la estructura militar integrada –punto que sería vulnerado años más tarde, sin mayores escrúpulos–, se mantendría la prohibición de instalar, almacenar o introducir armas nucleares en España –algo que los protocolos de seguridad nacional norteamericanos impedían que se pudiera garantizar– y se procedería a la progresiva reducción de la presencia militar de EEUU en España –que fue, a la postre, lo único que el gobierno cumplió verdaderamente–.

Según una investigación del CIS, el 17% de las personas que votaron “Sí” indicaron que lo hicieron por estas restricciones que figuraban en la pregunta del referéndum²¹. La formulación de la pregunta del referéndum es, según Pastor consecuencia de un detallado estudio de opinión pública, buscando satisfacer sentimientos antinorteamericanos y antinucleares con ambiguas promesas (Pastor, 1989, citado en Prat, 2006, p.138). Según esto, el Gobierno del PSOE se vio en la tesitura de tener que limitar en cierta manera la entrada en la OTAN, si quería ganar el referéndum.

Aparte del argumento de la inestabilidad económica y política que hubiera supuesto la victoria del “No”, en los momentos finales de la campaña Felipe González jugó con un último argumento ya anotado; hizo entender que la credibilidad de su gobierno iba unida a la ratificación de la adhesión en la Alianza, por lo que una victoria del “No” implicaba la dimisión del presidente, la convocatoria de nuevas elecciones, vacío de poder y posibilidad de acceso a éste de la derecha. Votar “No” suponía debilitar la figura de Felipe González y de su gobierno. Este carácter plebiscitario buscaba forzar a los dudosos (Juliá, 2003, p.283). Para muchas personas, el PSOE en estos años había servido para consolidar la democracia en España y éstas mismas mantenían cierto temor hacia las posiciones, tal vez involucionistas, de la derecha. Las elecciones generales de 1986 fue una muestra de ese apoyo, pese al retroceso que, también por otros muchos motivos, significaron respecto al de 1982 (Prat, 2006, p.139).

Uno de los recursos que más explotó el Gobierno fue el uso de los medios de comunicación de masas, tanto públicos como privados, que significó una desigualdad apabullante favorable al “Sí”. Ejemplos significativos de esto serían por ejemplo, las tres páginas de entrevista a González que ofreció *El País* el 9 de marzo de 1986, o la entrevista retransmitida el último día de campaña al presidente del gobierno en TVE, sin ser anunciada previamente (Prat, 2006, p.141).

Otra evidencia de la colaboración de los grandes medios fueron las 400 firmas recogidas por profesionales de los medios de información, a favor de la paz y contra la OTAN, presentada en enero de 1986, denunciando y oponiéndose contra intentos de utilización de los medios por parte del Gobierno y fuerzas “atlantistas”. Denunciaban la falta de garantías para la libertad de expresión e información objetiva y completa, así como espacios de igualdad de oportunidades a las opiniones (Prat, 2006).

El espacio en la televisión fue del todo desigual. El reparto que RTVE concedió como espacio gratuito para la campaña, se hizo en base a los resultados últimos electorales, pese a tratarse de una consulta de índole bien distinta. Así, el grupo mixto (PCE, EE, CDS, PSUC y ERC) contaba con 5 minutos gratuitos, 15 para PSC, UCD, PNV y CiU, 30 para Coalición Popular y 50 para el PSOE –a los que no se restaron los 15 del PSC, dado que en 1982 aún disponía de grupo parlamentario– (Val Cid, 1996). Los representantes de la Coordinadora pel Desarmament i la Desnuclearització Totals (CDDT) se presentaron ante la Junta Electoral provincial de Barcelona,

²⁰ http://www.elpais.com/articulo/portada/Gonzalez/afirma/voto/negativo/conduce/callejon/salida/elpepupac/19860309elpepipor_1/Tes ;http://www.elpais.com/articulo/espana/GONZALEZ_MARQUEZ/_FELIPE/ESPANA/REFERENDUM_DE_LA_OTAN_/12-3-1986/Felipe/Gonzalez/Quien/vaya/votar/piense/fuerza/politica/va/gestionar/voto/elpepinac/19860309elpepinac_8/Tes.

²¹ Encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas. Investigación número 1522: *Postreferéndum sobre la Alianza Atlántica*. 23 de marzo de 1986.

para ser considerados de cara al referéndum como grupo social participante en la campaña de propaganda correspondiente, ya que representaba a muchos de los colectivos pacifistas de Catalunya. Pedía tener minutos en los medios de comunicación y tener interventores en el escrutinio (*Avui*, 14/02/1986). La Junta Electoral, no obstante, no les reconoció.

Según la encuesta del CIS del 23 de marzo de 1986, gran parte de los votantes concretaron su voto en los días previos a la consulta. Concretamente, el 27% en los dos o tres días anteriores, el 21% dos, tres semanas antes²². Fue precisamente en esas fechas cuando se intensificó la ofensiva argumental del Gobierno, lo cual da muestras también del importante papel de los indecisos (Prat, 2006, p.141). Según autores como Pastor e Izquierdo, la influencia de la TV fue decisiva en los votantes. Las entrevistas a González sobre el tema se realizaban en momentos de máxima audiencia, con preguntas oportunas para el desarrollo argumental de las tesis del Gobierno (Pastor, 1989, citado por Prat, 2006, p.141; Izquierdo, 1987).

Para Maravall, muchos de los que votaron a González en las elecciones de 1982, votaron el “Sí” en el referéndum por lealtad y estimación, aunque ello implicaría que fueron los votantes de la derecha quienes alimentaron mayoritariamente el “no”, en abierta contradicción con los resultados acaecidos en Catalunya y en el País Vasco, donde las posiciones del gobierno fueron derrotadas pese a la presencia electoral hasta entonces irrelevante de la Coalición Popular. El PSOE logró hacer frente común y consolidar los apoyos necesarios para que su apuesta saliese adelante (Maravall, 2003).

Otra de las grandes diferencias que hubo entre la campaña del “Sí” y la del “No”, fue referente a los recursos económicos. *El País* en su número del 18 diciembre de 1985, explicaba que el PSOE usaría 300 millones de pesetas en su campaña por el “Sí”. En el otro lado, según Rafael Grasa, autor del estudio, la CEOP gastaría 12,5 millones, sacados de la autofinanciación, sorteos, festivales, donaciones, etc.²³

Conclusión

La cuestión del ingreso de España en la OTAN nunca fue sencilla para el Gobierno de turno, tanto para UCD como para el PSOE fue motivo de desgaste y de inversión de recursos. No obstante, el Grupo Socialista supo sacar partido de la cuestión de la OTAN. Cuando estuvo en oposición, se subió al carro anti-OTAN, saliendo a la calle, movilizándolo a sus bases y a los ciudadanos, participando en mítines y festivales por la paz que les permitían cercanía con la calle y actividad electoral. Una vez en el gobierno, jugó con el binomio OTAN-CEE para lograr sus objetivos en política exterior. Fuera de España presionó con la salida de la OTAN en caso de no poder presentar algún gesto de Europa para con España; gesto que significaba la integración en la CEE. Mientras, dentro de nuestras fronteras hacía lo propio con la permanencia en la OTAN para una “normal” integración en Europa.

Sin duda lo que más importaba a Felipe González era la integración en la CEE y por ello no tuvo problemas en asumir también el mantenimiento en la OTAN, convenciendo al partido, a las JSE y a su electorado. Este último en gran parte acabó respaldando a Felipe González y dando la espalda a sus anteriores convicciones.

La posición de la sociedad y de la izquierda política respondía a una cultura política propia de la oposición a la dictadura, donde se habían definido un discurso: anti EEUU por su apoyo a la dictadura y por las dudas que generó su posición en la temprana transición y durante el 23F; antiimperialista por las actuaciones del país americano en Vietnam y América Latina, y donde la OTAN era interpretada como un mero instrumento más del imperialismo *yankee*; de apoyo a causas

²² Encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas. Investigación número 1522: *Postreferéndum sobre la Alianza Atlántica*. 23 de marzo de 1986.

²³ http://www.elpais.com/articulo/espana/ORDONEZ/_MIGUEL_ANGEL/ESPANA/MINISTERIO_DE_INTERIOR/UNION_GENERAL_DE_TRABAJADORES/PARTIDO_SOCIALISTA_OBRERO_ESPANOL_/PSOE/ORGANIZACION_DEL_TRATADO_DEL_ATLANTICO_NORTE_/OTAN/IZQUIERDA_SOCIALISTA/PODERE_JECUTIVO/_GOBIERNO_PSOE_/elpepiesp/19851218elpepinac_10/Tes.

revolucionarias de liberación nacional como la de Palestina y el Sahara; una nula sensación de la Unión Soviética como amenaza directa, corroborada por la *glasnost* y la *perestroika* de Gorbachov; además de la poca tradición en aventuras militares exteriores tras décadas de irrelevancia internacional y aislamiento relativo.

El PSOE no estuvo solo en Europa en ese reposicionamiento socialista. La evolución española y del partido socialista es bastante similar a la de Portugal y Grecia donde hubo transiciones democráticas y donde el Partido Socialista portugués (PS) y el PASOK (Movimiento Socialista Panhelénico) llegaron al gobierno y dieron prioridad al “alineamiento occidental” de sus Estados por encima de sus tradicionales posiciones socialistas, anticapitalistas y antiimperialistas (Pardo, 2011, p.74).

El PSOE, con la cuestión de la OTAN, daba otra muestra inequívoca de su cambio teórico y práctico. No sólo había renunciado al marxismo, también a sus posiciones más identitarias, antiimperialistas y anticapitalistas, forzando incluso a que las JSE le acompañasen en ese proceso de desprendimiento teórico. No obstante, la figura de Felipe González salió reforzada en cuanto a la unidad interna del partido. También continuaba la confianza donde más importante era, en las urnas; en junio de 1986 el PSOE revalidó su mayoría absoluta con 8,9 millones de votos.

Bibliografía

- Andrade Blanco, Juan Antonio (2007): “Del socialismo autogestionario a la OTAN: notas sobre el cambio ideológico en el PSOE durante la Transición a la democracia”, *Historia Actual Online*, nº 14, 2007, pp. 97-106.
- Andrade Blanco, Juan Antonio (2012): *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Madrid, Siglo XXI.
- Crespo, Julio (2004): *España en Europa, 1945-2000 Del ostracismo a la modernidad*, Madrid, Marcial Pons.
- Gillespie, Richard (1991): *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza.
- Hobsbawm, Eric (1995): *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- Izquierdo, Antonio (1987): “La OTAN en casa: familia y televisión en el referéndum”, *En pie de Paz*, nº 7, septiembre-octubre.
- Juliá, Santos (2003): *La España del Siglo XX*, Madrid, Marcial Pons.
- Leffler, Melvyn P. y Westad, Odd A. (2008): *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica.
- Leffler, Melvyn P. y Westad, Odd A. (eds.) (2010): *The Cambridge History of the Cold War*, vol.3, Cambridge University Press.
- Maravall, José María (2003): *El control de los políticos*, Madrid, Taurus.
- Marín, José María; Molinero, Carme y Ysàs, Pere (2001): *Historia Política de España. 1939-2000*. Madrid, Istmo.
- Pardo, Rosa (2011): “La política exterior de los gobiernos de Felipe González”, en Ysàs, Pere (coord.): *La época socialista: política y sociedad (1982-1996)*, *Ayer*, nº 84, pp. 73-97.
- Pastor, Jaime (1989): “Perspectivas del movimiento por la paz y lucha por una democracia participativa. Algunas lecciones del caso español”, ponencia presentada en un seminario del Instituto de Filosofía del CSIC sobre *Democracia y movimiento por la paz*.
- Powell, Charles (2003): “España en Europa: de 1945 a nuestros días, en Portero, Florentino: *La política exterior de España en el siglo XX*, *Ayer*, nº 49, pp. 81-119.
- Prat, Enric (coord.) (2004): *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*. Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.

- Prat, Enric (2006): *Moviéndose por la Paz. De Pax Christi a las Movilizaciones contra la guerra*. Barcelona, Hacer.
- Sierra Cibriain, Gabriela (2011): “De la utopía al pragmatismo. Las Juventudes Socialistas de España”. En Hernando Noguera, Luis C.; Martínez, Antonio; Mateos López, Abdón y Soto Carmona, Álvaro: *Congreso Internacional Historia de la época socialista: España, 1982-1996*, Madrid, UNED-UAM-Asociación Historiadores del Presente, CD-ROM.
- Val Cid, Consuelo del (1996): *Opinión pública y opinión publicada. Los españoles y el referéndum de la OTAN*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Veiga, Francisco; Ucelay da Cal, Enrique y Duarte, Ángel (1997): *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*, Madrid, Alianza.
- Viñas, Ángel (2003): *En las garras del Águila. Los pactos con Estados Unidos de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Madrid, Crítica.